

## Orfandad, Duelo y Extinción

Sobre *Fines infrapolíticos: De la razón, la representación y la narrativa española moderna*, de Pedro Aguilera-Mellado, Valencia: Tirant Humanidades, 2022.

Fernanda Rodríguez González  
Universidad de Murcia

‘Una carta de despedida’, ‘un libro preparativo... es sobre la extinción’. Con esas palabras Pedro Aguilera describía su más reciente publicación, *Fines infrapolíticos: De la razón, la representación y la narrativa española moderna*. Durante un encuentro para conversar sobre su obra, el autor explicaba (tal y como también lo deja ver en sus líneas) que su libro surgió de un profundo sentimiento de *orfandad* que ha ido invadiendo a la izquierda española desde los años setenta y cuya confirmación encontramos en el más reciente movimiento del *15-M*. Pero aún valdría la pena que nos remontásemos a un par de décadas atrás.

A finales de los años treinta, apenas comenzando lo que sería un largo exilio, María Zambrano escribía: ‘Porque, toda vida humana es en su fondo una vida que se encuentra ante el fracaso, sin que el reconocer esto lleve por el momento ninguna calificación de pesimismo, pues quizá sea la previa condición para no llegar a él’ (1939: 13). Después de la caída de la Segunda República, la confrontación y asunción de la derrota se habían hecho ineludibles.

El sentimiento de orfandad al que refiere Aguilera, en cierto sentido, parece regurgitar la misma sensación que

dejó la promesa de justicia rota de la República española, salvo que, ahora, casi medio siglo después de la Transición (y a diferencia de lo que pensaba María Zambrano, así como muchos otros de sus contemporáneos), el fracaso no alberga esperanza alguna. Más bien, sucede lo contrario: reconoce que somos testigos de una promesa que no ha dejado de perecer desde entonces. Por esa misma razón, Pedro Aguilera nos advierte que la herencia que el 15-M ha dejado no consiste realmente en la reivindicación de una rebelión, tampoco en 'la demostración de lo que un cuerpo o un afecto *puede*, ni maldecir cómo *Podemos* cooptó un movimiento o protesta *puro* bajo una clásica estructura populista hegemónica' (2022: 230). La herencia más importante que ha quedado consiste, en realidad, en reconocer cómo, bajo el reforzamiento del duopolio mercado-estado y la subsunción total al Capital, la vida se ha hecho extraña a sí misma, ha renunciado a sí (Aguilera-Mellado, 2022: 226-232).

Junto a este sentimiento de orfandad coexiste además el reconocimiento del agotamiento del proyecto moderno y sus promesas de futuro. Hoy ya nadie cree en dicha promesa. Mas no es sólo que ya no creamos en ella, sino que hemos preferido dejar de hacerlo. En la era del *Antropoceno* y de la emergencia ecológica, el futuro se conjura sobre todo como una advertencia, como ese último paso hacia la catástrofe total e irreversible. Sin embargo, su agotamiento no se traduce realmente en su terminación.

Algunos han visto en ello una oportunidad, una nueva variable a considerar que determina la existencia en su totalidad, una transformación de la razón moderna que garantiza su continuidad: la razón ya no como atisbo de futuro, sino como cálculo de riesgos. Bajo este panorama,

el tecnocapitalismo ha encontrado las condiciones idóneas para su absoluta expansión. Con lo que estamos lidiando actualmente es con la subsunción absoluta de la vida (humana y no humana) al orden del poder y de la historia; en pocas palabras, con la *subsunción total* al Capital. Es en este sentido que Pedro Aguilera, de la mano de Gareth Williams, afirma que vivimos no ya en un tiempo de crisis (pues ésta ha llegado a tal estado de normalidad que ha perdido mucho de su sentido excepcional para dar cuenta de nuestra experiencia actual), sino de decontención: es decir, en un tiempo en el que la indistinción global entre el nomos y la anomía hacen patente el carácter infundado de las comprensiones ilustradas de la política moderna a la vez que evidencian el cierre de la metafísica del poder soberano (Aguilera, 2022: 33-41).

Frente a ello, han sido tres las principales respuestas que se han dado ante la denominada crisis económica y social que dio lugar al movimiento del 15-M (que, en todo caso, no se puede pensar aislado del estado de decontención global): el reformismo o reforzamiento institucional, las respuestas populistas (o populares) que apoyan los movimientos ‘desde abajo’, y finalmente el fascismo global del siglo XXI. Sin embargo, para Aguilera, todas ellas resultan insuficientes cuando no falaces, pues, en el fondo, no hacen sino reafirmar el mismo estado de cosas al buscar el fortalecimiento de o la integración a la misma razón política imperial de dominación que en primer lugar dio paso a tal situación.

Desde una postura *posthegemónica* que renuncia a toda voluntad de poder, *Fines Infrapolíticos*, enmarcándose precisamente en este estado de *decontención*, propone una vía alterna a las anteriores para hacerse cargo de la herencia de nuestro tiempo y con ello encarar de frente al

problema de la existencia misma y su relación con la finitud. Se trata de la vía *infrapolítica*; de ese registro del pensamiento-acción que no busca representar ni afirmar ninguna nueva forma (o contra-forma) del poder, sino que cuestiona la pretendida sutura entre la vida y lo humano (entre vida y poder), y que, distanciándose de esa relación de dominación que reduce la política a la vida y la vida a la política, se mantiene como esa sombra que es testimonio de aquello que se escapa a toda captura del y por el poder.

*Fines infrapolíticos*, el primer libro en su especie que pone a prueba un 'segundo giro' en los denominados *estudios ibéricos*, se abre así como un ejercicio de poner en práctica el registro infrapolítico en ese campo, al invitarnos a pensar con categorías otras a las ya moribundas y estériles categorías clásicas de la modernidad. La obra presenta una relectura de la modernidad liberal española a partir de una serie de saltos temporales que en el paso por su entramado van revelando los sedimentados dejados atrás por el inconsciente de la historia moderna española y su agotamiento. Su trabajo se centra en el análisis y crítica radical (deconstructiva) de cuatro conceptos fundamentales para el pensamiento moderno: *razón, representación, narración y existencia*.

Al abrir sus páginas, apreciamos que el libro comienza con una figura central para el Estado español moderno como lo fue Jovellanos (quien dirigió sus esfuerzos al fortalecimiento de las instituciones de la nación y al perfeccionamiento de las facultades físicas y morales humanas con vistas a su aplicación —promoviendo, por ejemplo, los saberes aplicados y sus capacidades extractivas— para posicionar al hombre como el gran administrador de la naturaleza al servicio de la 'razón heliocéntrica' y su domino) y finaliza con un último

capítulo dedicado al documental *El Trabajo o A quien le Pertenece el Mundo* (Cepedal, 2019) que sigue a lo largo de todo el metraje a un grupo de obreros que se prepara para el abandono de una de las últimas minas asturianas tras el decreto de su cierre en 2019 por la Unión Europea (evidenciando de esta manera el actual carácter impotente de la subjetividad obrera que ha quedado ahora ‘constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con lo demás’ (Aguilera-Mellado, 2022: 201), tal y como dictaban entonces Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*).

Mientras tanto, en el intermedio de este recorrido, destacan otras figuras predominantes en el pensamiento y la cultura española. Sus páginas nos llevan de la representación de Velázquez que pretende capturar la realidad y en la que se autofunda el sujeto moderno a la autodestrucción de la imagen goyesca por medio de su desfiguración, abriéndose así a la condición existencial y exponiendo la imposibilidad de su sutura en la imagen; de las desdichadas Tristana e Isidora galdosinas (a quienes el destino, en una mala jugada, impidió su realización como persona) a la ‘bastardista’ Nina, la logorreica Ángels y sus compañeras de la novela *Lectura Fácil* (Morales, 2018) que llevan a la inoperancia el dispositivo universalizante de la *persona* y los discursos logocéntricos que subordinan al sujeto a la historia, que sólo permiten ser *en* la historia.

*Fines infrapolíticos* se constituye de este modo como el primer trabajo entre los estudios ibéricos que, frente a luz heliocéntrica de la razón, propone una *infraluz* que atestigua la finitud y la nada que habita en el sujeto; que, frente a la representación, se inclina por la de-presentación que habita lo indecible sin pretender encubrir o descubrir ningún significado, y que, frente a la

escritura personalista, apuesta por una escritura infrapolítica que no intenta anudar escritura y existencia, sino más bien simplemente dar cuenta de que hay escritura y hay existencia. En último término, la obra de Aguilera-Mellado, partiendo de un registro infrapolítico, se sitúa en un momento anterior al *cogito*, ahí donde la existencia quedó en el olvido, bajo la sombra del 'yo subjetivista' que, en el mismo momento en que nació, quedó cegado por el brillo que le dio a luz.

Ahora bien, durante la conversación que sostuvimos con Pedro Aguilera a propósito de su publicación, el autor comentaba 'la infrapolítica no tiene historia ninguna y a la vez está en toda la historia'. Decía que la infrapolítica empezaba, si es que se pudiera señalar un inicio, cuando Parménides volvió equivalente al *ser* y al *pensamiento*, una formulación que la Modernidad terminó por radicalizar con el desarrollo tecnocapitalista. Esta serie de comentarios se dio precisamente después de que algunos de los asistentes nos cuestionásemos sobre el lugar que ocuparía (si es que ocupara alguno) la historia en la infrapolítica y la infrapolítica en la historia. En mi caso, mi inquietud surgía de pensar a qué es a lo que responde la infrapolítica, de dónde surgen sus motivaciones, qué dice a y sobre nuestro presente.

Si bien es cierto que el discurso de la historia como realización de la *persona* y de la *humanidad* sigue circulando en nuestros tiempos, también lo es que la promesa de salvación en el progreso depositada por 'el pensamiento heliocéntrico' moderno ya no tiene la misma potencia ni vigencia que antes tenía. Pareciera, más bien, que lo que ahora predomina es no sólo una huida del pasado sino también un intento desesperado por evitar (o, en todo caso, posponer) el 'futuro' (lo que sea que

entendamos por eso); una necesidad impulsiva por extender el presente hasta el límite de lo posible (eso que Hans Ulrich Gumbrecht nombró hace ya más de dos décadas ‘presente dilatado’, o a lo que Marina Garcés — una de las pensadoras con las que *Fines infrapolíticos* dialoga— se refiere como la ‘condición póstuma’ de nuestro presente que ya no se pregunta ‘¿hacia dónde?’ sino ‘¿hasta cuándo?’). Así, a propósito de las discusiones en torno al presentismo que invade a nuestra época, Gumbrecht llegó a comentar que, en nuestro tiempo, los pasados no parecen dejar de ser actuales, como si verdaderamente no pudiésemos (aunque quisiéramos y así lo decidiéramos) vivirlos como pasados, como si hubiese una imposibilidad de hacer que desaparezcan precisamente como pasados *pasados* (Gumbrecht, 2010: 19-55).

No es coincidencia por tanto que el giro a la memoria y al testimonio en el campo de la disciplina histórica haya tenido tanta fuerza desde los años ochenta hasta la fecha. Después de todo, con lo que estamos lidiando es con esos pasados que no se pueden olvidar. La temporalidad del tiempo presente es de esta manera la temporalidad del trauma; no ya de lo irreversible, sino de lo que retorna y se repite. Es en este sentido que podríamos decir que lo que impera en nuestro presente es una cierta ‘condición existencial de un duelo imposible’. Bajo este panorama, ¿no será acaso la infrapolítica un síntoma de ese duelo imposible y, en esa medida, un síntoma de la modernidad, uno de esos monstruos que ha engendrado y con los que sueña la razón (ilustrada)? Pedro no parecía estar muy de acuerdo cuando comenté que sin Modernidad quizá no habría infrapolítica. Pero, entonces, ¿qué significa que la *infrapolítica no tenga historia alguna y a la vez esté en toda la historia?*

Al mismo tiempo en que surgen estas preguntas, no hay que olvidar que vivimos en ese *tiempo límite* al que continuamente apela *Fines infrapolíticos*. El deterioro ecológico y socioeconómico en el que vivimos actualmente a escala global evidencia que, efectivamente, no hay ya un nuevo horizonte que se abra más allá de ese tiempo; que las nociones heredadas por la modernidad han llegado a tal grado de radicalidad que se han vuelto contra sí mismas, llegando así al estado de decontención en el que ahora nos encontramos. En ese sentido, la demanda que nos hace esta ‘época sin época’ (otro nombre para este tiempo en el que vivimos) parece ser la de un pensamiento que cuestione los presupuestos teóricos desde los que ha partido el programa moderno, esos mismos que —como anota el autor— han dejado huérfana a toda la izquierda y muy probablemente también al ecologismo (Aguilera-Mellado, 2022: 16). Sea o no el producto o síntoma de ese duelo imposible que caracteriza a nuestro tiempo, la infrapolítica sería ese registro del pensamiento-acción que reconoce y se ocupa de tal estado de orfandad. Así, el registro infrapolítico no se trata de la formación de un programa ni de un proyecto, sino de una forma de proceder del pensamiento que consiste en abrirse e instalarse en la pregunta por la existencia misma (esto es, por la relación de cada sujeto con su finitud y con la finitud planetaria), mas sin pretensiones de responderla, pues, de hacerlo, sabe que cedería al cierre de la interrogación y a su secuestro por el poder. Por eso es que renuncia al significado y apuesta más bien por la indecibilidad e indecibilidad de la existencia, evitando dar así una respuesta, un discurso maestro cuya dirección siempre apunta a la captura de la vida y al cierre y ocultamiento de la existencia (Aguilera-Mellado, 2022: 235-237). Quizá esta sea la razón por la que

la infrapolítica no tiene historia y a la vez está en toda la historia. La cuestión que aquí surge, sin embargo, es precisamente sobre cómo sería posible elaborar un duelo sin historia, si la infrapolítica no tiene historia y sólo está en la historia.

En la lectura de Pedro Aguilera, *El Trabajo o A quien le Pertenece el Mundo* no se trata de un documental que busque ilustrar y celebrar a los mineros como un grupo que se reúne para lograr un cambio o sufrir un mismo destino histórico. Su propósito es mucho menos vanidoso. La directora simplemente sigue el recorrido de los obreros que, en su salida de la mina, organizan su duelo por lo que fue y ya no será más, por las victorias heredadas así como por los nuevos modos de represión que éstas supusieron y que ahora asumen. Ahí reside su carácter como ‘cine infrapolítico’, pues no busca establecer ninguna nueva narrativa para la historia humana ni pretende señalar a un *pueblo* o construir una (contra)hegemonía. Inscribiéndose en el regionalismo crítico asturiano, tampoco pretende promover la integración de la región para enfatizar lo emergente o lograr una reconciliación —como explica Aguilera valiéndose de las palabras de Moreiras-Menor—; su pretensión, más bien, es señalar lo residual, los ‘sedimentos producidos y dejados atrás por las historias de dominación’ (Aguilera-Mellado, 2022: nota 222). Con esto en mente, habría que apuntar que si, en efecto, la infrapolítica no es ni busca adoptar una actitud nihilista frente al agotamiento de la modernidad, entonces difícilmente puede renunciar a la historia. En otras palabras, la elaboración y organización de ese duelo existencial que marca a esta ‘época sin época’ en la que vivimos sería imposible sin la historia; su renuncia significaría su abandono a la melancolía (y, por ende, la renuncia al goce).

Quizá este sea uno de los mayores desafíos para la infrapolítica. No en vano una de las demandas recurrentes que se le hace es precisamente en torno a una toma de postura. La última conversación con Aguilera no fue la excepción. En esa ocasión, se enfatizaba sobre todo en la cuestión de cómo el discurso infrapolítico podría o no neutralizar determinados movimientos de resistencia o contrahegemónicos que luchan por demandas legítimas. Tampoco faltaron las preguntas que buscaban una cierta respuesta optimista sobre los posibles cambios que pudiese generar un pensamiento infrapolítico. Desde la perspectiva de Aguilera, el problema con este tipo de demandas es que siguen cayendo en la misma trampa de integración e inclusividad que termina por reintroducir, de esta manera, el mismo mecanismo de soberanía al que en un principio se oponían (2022: 236). No obstante, creo que lo que aquí se escapa es que todas estas preguntas son, en el fondo, por los modos de organizar el duelo y el deseo. En este sentido, aunque es cierto que uno de los riesgos de la política reside en el cierre de la interrogación (y, por ende, en la clausura del pensamiento), la toma de postura no implica necesariamente lo mismo. Para ello, sin embargo, es fundamental que tengamos claro que la toma de postura no se reduce simplemente a su aparición política. Su rasgo esencial consistiría, en todo caso, en su capacidad de producir distancias frente a lo que es y de introducir distintas modalidades ahí donde todo queda reducido a 'lo que hay', en ese presente dilatado al que apuntaba más arriba. Por eso, más que ser lo que lo clausura, la toma de postura es más bien lo que da lugar al disenso que abre y mantiene, entonces sí, la posibilidad misma del preguntar. En este sentido, el renunciar a ella corre el riesgo de que la atención a la cuestión misma de la existencia sea asimilada y genere alianzas indeseadas

con los mismos discursos de dominación de los que en un principio se buscaba tomar distancia. Quisiera detenerme un momento sobre esta cuestión y mostrar un ejemplo que ilustre las implicaciones de ello como un resultado de esa posible asimilación a la que me refiero.

Al momento de hacer la crítica a la razón heliocéntrica, hay una apuesta por dirigir la atención a la cuestión de la existencia misma, a la relación de cada sujeto con su finitud y la finitud planetaria. Para ello, se señala como necesario el abandono del 'yo humanista'. En este punto es precisamente donde encuentro una mayor exposición, aunque subrepticia, de la noción de *extinción*. Para la infrapolítica, 'el abandono del yo humanista' supondría de algún modo confrontar la 'extinción del yo'. Así, *Fines infrapolíticos*, recurriendo a Goya, claramente refiere a un *contra-humanismo* o *humanismo sin principio*. No obstante, aquí surge una inquietud. La cuestión es cómo dicha atención puede devenir o no, o bien ser asimilada o no por una propuesta, por ejemplo, post-humanista que apueste por una aceleración y radicalización aún mayor de los principios del tecno-capitalismo para propiciar la anomia total y, con ello, lograr una superación de todo antropocentrismo y humanismo a partir de su disolución ('extinción', podríamos decir) en favor de un post-humanismo. Creo que es justo en esta coyuntura donde se sitúa todo el debate en torno a la reflexión de la condición humana (ya sea para postular un humanismo, ya sea desde una perspectiva más bien infrapolítica que se haga cargo de la existencia y la finitud). En todo caso, la pregunta sería cómo, desde una perspectiva infrapolítica, podría evitarse tal asimilación por una postura de este corte. O, todavía antes, ¿buscaría evitarlo?

Más allá de esta cuestión, coincido en que la trampa del humanismo parece tendernos una emboscada por donde quiera que veamos. Su desactivación es urgente. Quizá sea necesario proponer un ‘contra-humanismo’ o un ‘humanismo sin principio’ (tal y como hace la lectura de Aguilera sobre Goya), o quizá comenzar a hablar de ‘humanismo’ y ya no de ‘Humanismo’, mas no es muy claro en qué términos y bajo qué condiciones podrían desarrollarse cualquiera de estas u otras propuestas. En todo caso, lo que sí es claro es que no podemos continuar pensando al *tiempo humano* como el *tiempo de la historia*; que es imperativo ‘el abandono de la era de la historia humana moderna’ (Aguilera-Mellado, 2022: 80). La pregunta sobre la elaboración del duelo existencial desde una perspectiva infrapolítica y en relación con la historia da un giro y cobra así otra forma: ante el deterioro ecológico y social al que nos enfrentamos, ¿cómo sería posible la elaboración de este duelo existencial si, usando las propias palabras de Aguilera-Mellado, ‘ya no se puede narrativizar políticamente para lo humano’ (37)? ¿Cómo y desde dónde es posible narrativizar ahora el duelo sin caer en el dominio de lo humano y su captura por el poder? La pregunta se mantiene abierta.

*Fines infrapolíticos* puede ser leída como esa obra preparativa que, desde los estudios ibéricos, nos invita a otra forma de pensamiento y a otra forma de relacionarnos con la historia española moderna desde la crítica radical a sus conceptos, abriendo así un posible camino para transitar y narrar el duelo que supone esta *época sin época* en la que vivimos y de la que tan sólo somos testigos de su perecer. Si María Zambrano nos enseñaba a asumir el fracaso, quizá la infrapolítica nos enseña a adoptarlo como una *ética*, pero —como diría Aguilera-Mellado— una tachada que lo asume sin

esperanza, sin prever ni esperar de ello ningún comienzo, porque comenzar ya no es una posibilidad en medio de la extinción (y quizá nunca lo haya sido).

## Referencias

Aguilera-Mellado, P. (2023) *Fines infrapolíticos. De la razón, la representación y la narrativa española moderna*. Valencia: Tirant Humanidades.

Gumbrecht, H. U. (2010) *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid: Escolar y Mayo Editores.

Villacañas, J. L. (2020) 'Teología política y ontología del presente' en *El neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*. España: Ned.

Zambrano, M. (1939) *Pensamiento y poesía en la vida española*. México: Fondo de Cultura Económica.